

## **Del cese al fuego en Colombia a la paz, deseada pero lejana**

*Por Miguel Urbano Rodríguez*

La firma en La Habana el día 23 de Junio de los Acuerdos de Cese al Fuego y de Hostilidades Bilateral y Definitivo, de Dejación de las Armas, y el de Garantías de Seguridad y Combate al Paramilitarismo por las FARC-EP y el Gobierno de Juan Manuel Santos, fue recibida con entusiasmo por el pueblo colombiano y con satisfacción por la mayoría de la humanidad.

Sin embargo sería una ingenuidad concluir que el fin del conflicto armado ha traído a la patria de Marulanda la paz social y política.

Los discursos pronunciados en la capital cubana, la presencia de los jefes de Estado y altas personalidades allí reunidos y la atmósfera de la gran jornada tienden a generar esperanzas románticas.

Además del comandante Timoleón Jiménez, jefe del Estado Mayor Central de las FARC-EP y del presidente Juan Manuel Santos, comparecieron en el acto el secretario general de la ONU, los presidentes del consejo de seguridad y de la Asamblea general de la organización, los presidentes de Cuba, México, Chile, Venezuela, El Salvador, República Dominicana y representantes de los gobiernos de Estados Unidos, de la Unión Europea y Noruega, etc.

Comparto la alegría por el fin de una guerra iniciada hace más de 60 años en la cual perecieron centenas de miles de colombianos, la mayoría campesinos, guerra que devastó al país e hizo más profunda la enorme desigualdad social.

Pero ese sentimiento de júbilo coincide con una preocupación profunda, inseparable de la certeza de que los grandes problemas que llevaron las FARC-EP a optar por la lucha armada no constan en los Acuerdos de la Habana.

### **LA EPOPEYA FARIANA**

Las FARC-EP son una de las organizaciones revolucionarias que más enmarcaron mi vida. Construí con algunos de sus dirigentes amistades importantes.

Admiraba desde hacía mucho a la guerrilla de Marulanda y había escrito mucho sobre su saga cuando conocí en La Habana el comandante Rodrigo Granda, al tiempo conocido como Ricardo González. Entre nosotros surgió una inmediata empatía que pronto dio lugar a una amistad. Residíamos entonces los dos en La Habana y aprendí mucho con él en charlas que anidaban en la madrugada. Me ayudó a caminar por la historia profunda de Colombia y a comprender el significado terrible del paramilitarismo.

Debo a Granda la invitación de las FARC-EP para ser recibido como camarada en el campamento del comandante Raúl Reyes, en el Caquetá, y la oportunidad de acompañar en la zona de despeje las negociaciones de paz con el gobierno de Pastrana. Asistí incluso en La Macarena a un acontecimiento inolvidable: la liberación unilateral de 242 soldados y policías capturados en combate por las FARC-EP. Conocí en ese día después de la ceremonia militar al comandante en jefe Marulanda (que me concedió una entrevista que publiqué en *Avante!*) y, entre otros, a los comandantes Jorge Briceño, Joaquín Gómez y Simón Trinidad, todos blanco de la admiración y cortesía de los embajadores occidentales que participaban en la solemnidad.

No se esperaba en esos días que el presidente Misael Pastrana, cediendo a presiones de los EEUU, del alto mando del ejército y de la oligarquía colombiana, encaminara las negociaciones de Los Pozos hacia un impasse, prólogo de la ocupación de la zona desmilitarizada y de sucesivas ofensivas en el marco de los Planes Colombia y Patriota.

Escribí y publiqué en diferentes países de Europa y América Latina textos sobre mi experiencia personal en el campamento de las FARC-EP. No es sin emoción que recuerdo hoy la convivencia fraterna con los hombres y mujeres de la guerrilla.

Mantuve posteriormente contacto permanente, vía Internet, con el comandante Raúl Reyes, hasta la trágica jornada en que lo asesinaron con docenas de camaradas, durante el bombardeo de Sucumbíos, en Ecuador, concebido por Juan Manuel Santos, al tiempo ministro de Defensa de Álvaro Uribe Vélez. No olvidé que Reyes, semanas antes, me había invitado a volver a visitarlo en algún lugar de la Amazonia colombiana.

Reencontré muchas veces a Rodrigo Granda. La última en Caracas en 2004, en vísperas de su secuestro por agentes de Uribe con la complicidad de policías venezolanos. Mi admiración por él, subrayo, había aumentado de año en año. Veía en él a un revolucionario comunista, ejemplar por la coherencia, el carácter, la formación teórica marxista, la disponibilidad total para la lucha. A pedido de su abogado he sido uno de los testigos de la defensa, mediante carta que envié cuando, encarcelado en Colombia, le instauraron un proceso, poco antes de su liberación por influencia del presidente Sarkozy de Francia.

Fue con alegría que recibí la noticia de su inmediato regreso a la lucha y su posterior inclusión en la Delegación de Paz de las FARC.

Siendo responsable de las relaciones exteriores de la organización era conocido por su talento diplomático como *el canciller de las FARC*.

¿Porqué recuerdo hoy al amigo y al revolucionario?

Precisamente porque en estas semanas en que se celebra la firma de los Acuerdos que pusieron fin a las hostilidades en Colombia me pregunto, aprensivo, lo que pensarán de la llamada «reconciliación» Rodrigo y otros amigos, los comandantes Alberto y Juan Antonio, y cuál sería la posición del historiador Herrera Torres y del Comandante Demetrio, ambos amigos queridos ya fallecidos.

## PREOCUPACIONES

Dejo claro que aprobé desde su inicio los Diálogos de Paz de La Habana. Al sentarse a la mesa de negociaciones las FARC-EP dieron expresión al profundo deseo de paz del pueblo colombiano. Fue justamente esa aspiración cada vez más generalizada e intensa que forzó a presidentes como Belisario Betancourt y Pastrana Borrero a abrir negociaciones con las FARC-EP con el objetivo de poner fin al conflicto armado. El Estado Mayor Central de las FARC habría negado su pasado y la ideología revolucionaria de su organización si no hubiera respondido favorablemente a Juan Manuel Santos cuando este, en un viraje inesperado, estableció los contactos que han conducido en Oslo a los entendimientos preliminares que tuvieron continuidad en los Diálogos de Paz de La Habana y la elaboración de una Agenda ambiciosa.

Acompañé desde Portugal el avance del proceso de paz y los esfuerzos para torpedearlo del alto mando de las Fuerzas Armadas, los terratenientes que controlan el agro, los barones del narcotráfico, multimillonarios de la gran industria y, claro, el imperialismo estadounidense, pese a las ambigüedades de su posición ante el conflicto.

Las tremendas dificultades a superar en las negociaciones de interlocutores tan antagónicos como las FARC-EP y el gobierno de Santos quedaron transparentes en la continuación de la guerra mientras se discutía la paz y se mantenía el financiamiento del Plan Colombia y la entrega de armas sofisticadas al ejército y la fuerza aérea, así como la complicidad de influyentes generales en los crímenes del paramilitarismo y matanzas frecuentes de campesinos. La Justicia incluso reconoció la responsabilidad directa de los militares en el escándalo de los *falsos positivos*.

Sin embargo, pese a las campanas de la prensa y la televisión contra la paz y de la represión permanente al abrigo de la llamada Ley de Seguridad Democrática, la Agenda aprobada avanzó, aunque lentamente.

Las FARC-EP han conseguido la aprobación en La Habana, en la discusión de puntos fundamentales, de muchas reivindicaciones suyas. Eso ocurrió en los debates sobre la cuestión de la tierra, la participación política, las minorías discriminadas, los millones de desplazados, la degradación del ambiente, la reforma de la justicia, las reparaciones a las víctimas de la guerra, la erradicación del tráfico de drogas, etc.

Durante el debate de esos y otros temas las FARC obtuvieron del gobierno concesiones que en muchos casos superaron lo esperado.

¿Porqué entonces la profunda preocupación que me invadió al tomar conocimiento de los documentos firmados en La Habana?

Dediqué horas a leerlos y estudiarlos.

La naturaleza del régimen no es puesta en discusión. Las FARC-EP no podían obviamente exigir el fin del capitalismo, objetivo de su programa revolucionario. La relación de fuerzas existente no permitía incluir el tema en la Agenda.

Pero no es esa omisión la que me inquieta.

El Acuerdo sobre el Cese al Fuego y la dejación de las armas determina que en un plazo de 180 días el armamento de las FARC-EP sea entregado a comisiones fiscalizadoras indicadas por la ONU y la CELAC.

Decisión inquietante por múltiples motivos.

El compañero Narciso Isa Conde, en un artículo publicado el 24 de junio en la República Dominicana, afirma que esa decisión

«equivale a desarme total y unilateral del ejército popular más potente de Colombia y de Nuestra América a cambio de garantías de seguridad enmarcadas en un sistema sumamente hostil»(...)

No coincido a veces con las opiniones del autor, pero en este caso comparto plenamente la aprehensión que manifiesta en lo que concierne al desarme de las FARC-EP y la insuficiencia de garantías relativas al compromiso oficial de combate al paramilitarismo.

Escribió Marx que la Historia no se repite de la misma manera.

Las circunstancias en Colombia son hoy diferentes de las existentes en 1985, pero es imposible olvidar el genocidio de la Unión Patriótica.

Es sencillamente alarmante que el comandante militar de una región del Valle del Cauca, el mismo día en que eran firmados los Acuerdos de La Habana, en una entrevista a una radio haya declarado que su ideología es la de Carlos Castaño.

Es útil recordar que el fundador y primer jefe de las bandas paramilitares fue un asesino responsable de monstruosos crímenes contra la humanidad. Pese a esto era íntimo de ministros y generales.

Que yo sepa, el gobierno de Santos no se pronunció sobre las inadmisibles afirmaciones del oficial admirador de Carlos Castaño.

Los Acuerdos preliminares de la Habana omiten también lo relativo a la permanencia de ocho bases militares de los EEUU en territorio colombiano y las relaciones especiales que el gobierno de Bogotá mantiene con el Estado neofascista de Israel, cuya policía secreta, la Mossad, actúa en Colombia como en casa propia.

Las FARC-EP tuvieron que renunciar a la reivindicación de una Asamblea Constituyente y aceptar un referendo para aprobar el Acuerdo Final.

Esa y otras carencias han sido no solo comprensibles sino prácticamente inevitables. En los Diálogos de Paz, las FARC-EP negociaron en una época de reflujo histórico. El imperialismo había retomado la ofensiva en América Latina y actuaba agresivamente en el Medio Oriente, en Ucrania y en Asia Oriental.

La Delegación fariana enfrentó a los representantes del Gobierno de Santos consciente de que la relación de fuerzas le era muy desfavorable. En un breve espacio de tiempo las FARC-EP perdieron dirigentes fundamentales. Raúl Reyes había sido asesinado en Ecuador, Jorge Briceño (el estratega militar) y Alfonso Caño habían perecido en combate. Manuel Marulanda, el héroe de perfil homérico, había muerto en su campamento.

Mi solidaridad permanente e irrestricta con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo no me impide, antes me impone, el deber de manifestar aprehensión frente al futuro inmediato.

Algunos párrafos del Acuerdo de Cese al Fuego y el contenido de mensajes al ejército tampoco me parecen compatibles con la ideología de la organización revolucionaria.

Me es difícil imaginar qué tipo de «reconciliación» -palabra ahora muy utilizada- será posible, en un contexto en que la clase dominante no oculta su fidelidad al neoliberalismo y a la íntima alianza con los EEUU.

Mi preocupación es la de un comunista portugués que hizo suya la lucha heroica de las FARC-EP.

*Vila Nova de Gaia, 1 de julio de 2016*

*Traducido por el autor. Revisado por La Haine*